

con San Lucas tomaron ambos un largo rodeo para llegar al término señalado.

Conservó en medio de estos contratiempos siempre el Apóstol aquella tranquilidad de espíritu que muestra grandeza de alma, hasta en las cosas mas pequeñas, y reflexionó que su querido Timoteo á quien iba muy gozoso á abrazar en Éfeso, podia haberse excedido algo en su celo Evangélico. Escribióle por esta razon antes de su llegada á aquella ciudad para comunicarle mas seguramente las reglas divinas que debia observar en el sabio gobierno de la casa de Dios.

87. Es en efecto la primera epístola á Timoteo (*) un tratado completo de las obligaciones de los Obispos, de todos los Eclesiásticos, y aun de los diversos estados de todos los fieles; y contiene los consejos particulares que convenian, tanto á la persona de este discípulo, como al lugar y circunstancias críticas en que se encontraba su juventud. Como la norma y base de la disciplina eclesiástica es mirada justamente esta epístola en muchos de sus artículos: tal es por ejemplo el precepto de otorgar con mucha circunspeccion las sagradas órdenes; de ascender á los grados superiores á los que hayan servido bien en los inferiores; de conceder mayor recompensa á los que mejor desempeñasen sus obligaciones; de no admitir acusacion contra un Presbítero sin estar apoyada de dos ó tres testigos; de no elevar al Episco-

(*) Parece que fue escrita el año 64 ó 65 de Jesucristo; segun algunos desde Macedonia, segun otros desde Atenas.

pado á los bígamos, á los neófitos, ni á los que no les acompañasen todas las buenas cualidades que exige tan alta dignidad. En la enumeracion que el Apóstol hace de estas virtudes, ordena sobre todo así en los Prelados como en los Ministros de segundo orden que sean castos, frugales, desinteresados, caritativos, afables, moderados, prudentes, de recto juicio, de una aplicacion continua al trabajo, y que en los negocios de su casa hayan manifestado prudencia en su gobierno. No imagina en cuanto á los vanos adornos, que los Clérigos puedan olvidar jamás en esto la santa gravedad y religiosa decencia de su estado, y se contenta con vedar á las mugeres tales profanidades. Las prohíbe tambien echarse á enseñar, y que usurpen la autoridad de sus maridos, que son las cabezas de sus familias. Igualmente propone la norma de conducta que deben observar las viudas; y aconseja que se casen las que quedan jóvenes para evitar los riesgos de una vida independiente y haragana, para que no consuman el tiempo en ver y ser vistas, y en conversaciones inútiles y licenciosas que causan innumerables desórdenes.

En esta epístola tambien leemos (y es lo mas interesante de ella) las reglas mas seguras y exactas para conservar el sagrado depósito de la fe. Recomendáale á Timoteo el Apóstol que evite cuidadosamente toda especie de novedad profana, aunque solo sea en las palabras; y con mayor motivo las ideas singulares y estrañas, las aserciones ridículas, los hechos apócrifos, los cuentos de viejas, y las genealogías

interminables, manifestando en estas palabras las herejías de los Gnósticos y Maniqueos, que habian de turbar la Iglesia en los futuros siglos. Nombra el Apóstol á algunos falsos doctores que ya dogmatizaban entonces, y entre ellos á Himeneo que destruía el dogma de la resurreccion, esplicándole por la resurreccion espiritual del pecado á la gracia. Por fin el Apóstol instruye á su discípulo de tal modo que podia prometerse que ninguno tuviese motivo para despreciar su juventud. Treinta años tenia solamente Timoteo, edad bien corta para el Episcopado, en un tiempo en que se exigia por lo comun cincuenta en los que obtenian este ministerio. „Yo te escribo, concluye este maestro sabio, aunque confio verte muy pronto, para que si acaso me sale frustrada esta esperanza, sepas como has de portarte en la Iglesia, que es la columna y el firmamento de la verdad.” Palabras que determinan el sentido verdadero de la perpétua asistencia que Jesucristo ofreció á los primeros Pastores de su Iglesia y á sus sucesores, y las que al mismo tiempo nos inducen á creer que fue escrita esta carta cuando su autor queria trasladarse desde Grecia á la Jonia.

88. Fue compuesta posteriormente la epístola á Tito, aunque no podemos asignar con tanta exactitud su fecha (*). Como se dirigia á un discípulo encargado de las mismas funciones que Timoteo, y que se encontraba cuasi en las mismas circunstancias, son las dos muy parecidas. Permite el Apóstol á Tito

(*) Se asigna comunmente el mismo año 64.

elegir al sacerdocio á los casados, por la dificultad que habia en aquella época de hallar sujetos que hubiesen guardado continencia hasta una edad avanzada, con especial en la isla de Creta, donde las leyes forzaban á los mozos á casarse; pero quiere que únicamente se hayan desposado con una muger. No pudiéndose con fundamento inferir de los escritos del Apóstol sino que los Ministros sagrados vivian ya entonces con sus mugeres á manera de hermanas, no es factible que el Doctor de las naciones aprobase en los de Creta una diferencia de costumbres, que nada menos podia que hacerlos despreciables á las otras Iglesias. Se reduce lo único que hay de particular respecto de los primeros fieles Cretenses, á que entre ellos era mas comun que en otras partes el conferir á los casados los sagrados órdenes.

Sin embargo que San Pablo se puso en camino para libertarse de las asechanzas de sus contrarios, no por esto se olvidó de la religiosa veneracion debida á las fiestas solemnes, aun en medio de los viages mas indispensables; y queriendo enseñar á sus discípulos la piadosa costumbre de pasar estos santos dias en la Iglesia respectiva, marchóse á Filipos para celebrar allí la fiesta de Pascua (1). Y como todas las Iglesias que habia fundado y gobernaba con su celo y fatigas, se reputaban por su propia Iglesia, no podia instruirlos con mas exactitud sobre este artículo, que con el cuidado que tuvo siempre, como lo observa San Juan Crisóstomo, de celebrar las fiestas en

(1) Act. Apost. cap. 20. v. 6.

las grandes ciudades. Pasados los seis dias de la Pascua, embarcóse con San Lucas, y en cinco llegaron á Troade, donde ya le esperaban sus colegas, segun les habia ordenado.

89. Resucitó en esta ciudad á un jóven que habia caido desde el tercer alto de una casa donde los fieles se habian reunido para celebrar los divinos misterios (1). Advierte el historiador sagrado que acaeció esto en la feria primera, esto es, el domingo, cuyo dia santificaban ya los Cristianos. Y como segun la costumbre de los Judíos, comenzaba la fiesta en la tarde del dia precedente, habia en la sala de la asamblea una multitud de luces, así por ser ya de noche, como por la celebracion del santo Sacrificio.

90. Embarcóse luego el Apóstol otra vez con sus compañeros (2), y la nave costeó la parte occidental del Asia, donde habia de hacer detencion, pero el piadoso mediador de los pobres de Judea, temiendo ser detenido por mucho tiempo en Éfeso, que era la capital de la Asia proconsular, quiso mas bien llegar á Mileto, ciudad menos populosa. Congregó allí á los Obispos, Presbíteros, y Ancianos de Éfeso y sus cercanias. Les anunció todos los riesgos á que se habian de esponer en lo futuro, y les hizo una exhortacion tanto mas patética, cuanto aquella era la postrera vez que le habian de ver, segun les vaticinó. Se hizo despues á la vela, y la navegacion fue tan favorable que en catorce dias, incluso los que permanecieron en Mileto, hizo el viage desde Troa-

(1) *Act. Apost. cap. 20. v. 8. y sig.* (2) *Ibid. v. 13. y sig.*

de á Tiro, situada en la pequeña provincia de Fenicia inmediata á la Palestina. Pasó desde allí á Tolemaida y luego á Cesarea en donde se hospedó en casa del Diácono San Felipe, uno de los siete elegidos por los Apóstoles, como tambien señalado personalmente por las grandes obras á que el Señor le habia destinado. Llámale Evangelista San Lucas, ó bien porque se habia dedicado á la predicacion del Evangelio, ó porque los Apóstoles se lo encargaron particularmente. Tenia cuatro hijas á las que llamó Profetisas, que era nombre comun entonces de todas las mugeres que se admitian en la Iglesia para cantar las divinas alabanzas.

91. Tuvieron revelacion de las persecuciones que el Apóstol de las gentes iba á sufrir en Jerusalem, muchos fieles de Oriente que tenian el don de profecía, y no quisieron que lo ignorase. Anuncióselas de un modo terrible el Profeta Agabo (1); pues entrando sin desplegar los labios en casa de Felipe, en donde se hallaba San Pablo rodeado de una multitud de cristianos, le quitó el ceñidor, y atóse con él los pies y las manos en presencia de toda la asamblea que miraba con mucho horror aquella accion misteriosa. Esclamó entonces el Profeta levantando la voz „ved aquí lo que el Señor dice; de este modo encadenarán los Judíos en Jerusalem al dueño de este ceñidor, y entregarlo han en manos de los idólatras.” Los fieles y compañeros de San Pablo al oir estas palabras, entregándose á los movimientos na-

(1) *Act. Apost. cap. 21. v. 10. y sig.*

turales de su amor se juntaron para suplicarle que escusase aquel viage. Mas el Apóstol que sabía bien cuánto había de padecer de parte de los Judíos en su capital, porque el Señor se lo había revelado, aunque hizo en su ánimo la mas viva impresion la voluntad que le manifestaban los fieles; sin embargo nada fue bastantemente poderoso para que inmutase la resolución que formara por inspiracion de los cielos. No, hermanos, les dijo, no me separeis de la via que Dios me señala; á esto se dirigen vuestros sentimientos demasiado mundanos y vuestro amor indiscreto; pero ya no es tiempo de deliberar; manda el Señor y es preciso que yo le preste obediencia. Pues bien, cúmplase su voluntad, respondieron sus compañeros, y sin mas dilacion se fue con ellos de Cesaréa con el objeto de arribar á Jerusalem que estaba veinte leguas de allí antes de la fiesta de Pentecostes, que queria celebrar en aquella ciudad.

92. Habiéndose juntado Santiago, Obispo de la ciudad santa y todos los Ancianos para obsequiar al Apóstol, le noticiaron las preocupaciones que tenían los Judíos contra él en términos suficientes para atemorizarle (1). Pasados pocos dias, sin embargo de tantas precauciones que usaba, experimentó la certeza de aquellos avisos; pues al visitar los diversos cuarteles de la ciudad á fin de repartir las limosnas que llevaba, para lo que se hacia acompañar escrupulosamente por los diputados de las Iglesias donde

(1) *Act. Apost. cap. 20. v. 17. y sig.*

las había recogido, sucedió que algunos Judíos de Éfeso conocieron á Trófimo su compatriota, que iba en compañía de San Pablo. Formaron al instante la resolución de perderlos, esperando para ello ocasion oportuna, y habiendo encontrado á Pablo en el templo, se arrojaron sobre él, gritando: „venid á nuestro auxilio, hijos de Israel, este hombre no cesa de blasfemar contra el pueblo de Dios, y contra el templo santo que ha profanado, introduciendo en él á los Gentiles.“ Lo decían esto de Trófimo por haberle encontrado con el Apóstol en las calles; mas no era cierto que le hubiesen visto en el templo y mucho menos en la parte interior prohibida á las naciones.

93. Oído esto se conmovió toda la ciudad, y amotinóse el pueblo, y sacaron arrastrando del templo al objeto de su rencor; temiendo su celo inhumano, no el derramar la sangre del Apóstol, sino el manchar con ella el lugar santo, cuyas puertas cerraron cautamente. Mas dieron luego tantos y tan crueles golpes á San Pablo, que hubiera quedado allí, á no haberle arrancado de sus furiosas manos el comandante de la cohorte Romana que hacia la guardia al rededor del edificio; y al mismo tiempo le hizo encadenar sin informarse si era culpable, ni aun del delito que se le imputaba. Á cada instante iba aumentándose el tumulto; por lo que el Tribuno, que se llamaba Lisias, ordenó condujesen á San Pablo á la ciudadela en donde se alojaba la guarnicion de Roma, que era un fuerte separado del templo con el que

tenia comunicacion por una escalera muy larga (*).

94. Hallábase ya lleno este tránsito estrecho de un populacho furioso, y fue indispensable que llevasen al prisionero los soldados. Este pidió licencia entretanto para hablar y se le otorgó: mas aquellos furiosos alzaron tal gritería, tirando sus capas y echando al ayre puñados de tierra (1), que Lisias tuvo que darse prisa para introducir al Apóstol en la ciudadela. Sin embargo para dar á los Judíos alguna especie de satisfaccion, y con el intento de inquirir el origen de aquel tumulto universal, mandó que fuese azotado el Apóstol y puesto en tortura. Todo estaba ya preparado, cuando San Pablo dijo al oficial que habia de presidir á la egecucion: „¿Os parece justo que se azote á un ciudadano Romano sin condenarle ni convencerle de delito alguno?” Al instante partió el Centurion á noticiarlo al Tribuno Lisias que acudió al momento, y preguntó al prisionero en términos moderados ¿si era efectivamente ciudadano de Roma? „Sí lo soy, respondió con noble entereza. Lisias replicó: á mí me ha costado mucho dinero el adquirir este título: pues yo, le dijo San Pablo, no lo debo á la suerte, sino á mi nacimiento.” Los egecutores retiráronse entonces confusos, y dejaron desatado al Apóstol.

95. Lisias que ansiaba salir con honor de este em-

(*) La torre llamada *Antonia*, contigua al templo, donde estaban las tropas que guarnecian á Jerusalem. *Asi Josefo de bello judaic. lib. 6. cap. 6.*

(1) *Act. Apost. cap. 22. v. 22.*

barazoso negocio mandó á la mañana siguiente reunir el Consejo de la nacion Judía, haciendo comparecer al Apóstol libre ya de cadenas. Mas al paso que los Romanos le miraban respetuosamente como á su conciudadano, el despecho de los Judíos subia de punto á cada instante.

96. El sumo Sacerdote Anáno ó Ananías, apenas habia comenzado á hablar San Pablo (1), tratando al discípulo como trataran en otro tiempo á su divino Maestro, le mandó abofetear. „El Señor te castigará, pared blanqueada, dijo el Apóstol al violento pontífice, pues haciendo aquí de intérprete de la ley, ordenas contra ella que me den de bofetadas antes de ser condenado ni oido.” Muy fuerte era esta reprension, mas Pablo ignoraba que hablaba con el gran Sacerdote. Hubo tantos Pontífices desde el reinado del primer Herodes en que dejó de ser perpétua esta dignidad, que el Apóstol siendo extranjero en Jerusalem, no podia conocerlos; á mas de que reuniéndose el Sanhedrin fuera del templo ó de la sala del Consejo, se sentaban los Senadores en semicírculo con el Presidente en medio sin señal alguna de distincion. Mas luego que advirtieron á San Pablo que hablaba con el sumo Sacerdote, reparó el escándalo involuntario que habia dado, con tributar á la cátedra de Moisés el respeto debido. Este incidente no le impidió el aprovecharse de la contrariedad de opiniones que notaba en los miembros del Senado, los cuales estaban divididos en dos sectas muy

(1) *Act. Apost. cap. 23. v. 2. y sig.*

distintas. Ocultaban los unos á la sombra de la ley de Moisés el dogma impío de los Saducéos que era una especie de materialismo, que no creía la resurreccion de los cuerpos, ni las sustancias espirituales, escepto la de Dios, y negaba la Providencia respecto de los hombres en la vida venidera. No era el mas fuerte este partido, y solo prevaleció despues en la Sinagoga para consumir su reprobacion; pero ya en este tiempo progresaba rápidamente, con especialidad entre los Sacerdotes y Doctores de la ley, los que bien instruidos del rigor de la divina justicia, y no queriendo valerse de los medios de aplacarla, se daban traza á destruir los remordimientos de sus conciencias á costa de su fe. Aunque igualmente contrario al establecimiento de la Religion de Jesucristo, el otro partido del Consejo de los Judíos, y aunque alteraba la ley de Moisés con interpretaciones abusivas, creía la espiritualidad de las almas y la resurreccion de los cuerpos. Se aprovechó el acusado de esta division, y levantando la voz les dijo: Sabed, hermanos, que yo soy Fariseo, é hijo de Fariseo, y he seguido invariablemente todos los sanos principios de esta escuela; y ahora me acusan porque defiendo la resurreccion de los muertos. Comenzó la asamblea á tumultuarse al instante, todos hablaban y todos se esforzaban en defender su partido, mudando el dueño soberano de los corazones en apologistas de su Apóstol á la mitad de sus antagonistas. „¿Qué daño hizo este hombre? decian los Fariseos. No podemos negar que su doctrina es pura, y ¿quién sabe si al-

gun espíritu celestial inspira al doctor que da de ellos tan magnífico testimonio?” Pasaron de las palabras á las obras, y pusieron al Apóstol á su lado para librarle de los Saducéos. Estos por su parte se esforzaron á arrebatarse, y sin duda jamás se vió San Pablo en mayor riesgo, pues infaliblemente le hubieran hecho pedazos, á no haber acudido el Tribuno con sus soldados para tornarle á la ciudadela.

Se le apareció la noche siguiente el Señor ⁽¹⁾, por quien padecia tantas fatigas y peligros, y le dijo: „ten buen ánimo, que tu vida está sin riesgo, y es preciso que des de mí en Roma igual testimonio que en Jerusalem.” Si San Pablo sin ahondar los designios de Dios se habia mostrado tan fiel, esta aparicion convirtió su fe sobre este artículo en una evidencia que le daba mucho esfuerzo. Le hizo conocer la pintura de lo venidero puesta ante sus ojos, que sus tribulaciones, sus cadenas, su comparecencia en tantos tribunales de Palestina, y otros varios hechos que sin duda eran muy públicos, serian otros tantos medios de adquirir la celebridad conveniente para hacer su ministerio respetable á la capital del mundo y al mas soberbio de los Césares. Sirvió solo para aumentar su heróico esfuerzo un nuevo riesgo, el mayor que habia corrido en su vida desde la vocacion al Apostolado.

97. Resolvieron los Judíos y con especialidad los Saducéos, que á imitacion de todas las sectas opuestas á la Religion dominante ostentaban tolerancia,

(1) *Act. Apost. cap. 23. v. 11. y sig.*

humanidad y probidad, asesinar á San Pablo, á pesar de todo; y su rabia era tan furiosa que mas de cuarenta de ellos se obligaron con los mas terribles juramentos á no comer ni beber hasta haber egecutado tal proyecto.

Mas para colmo de horror los mismos Pontífices eran cómplices de semejante maldad. „Hemos determinado, les dijeron aquellos hombres perversos que conocian muy á fondo el carácter de los Ancianos del pueblo, hemos determinado, y estamos prontos á sacrificar á vuestro enemigo en medio de los vigías que le custodian, y para esto no teneis mas que hacer que sacarle de la ciudadela. Como jueces en Israel é intérpretes de la ley, persuadid al Tribuno que haga comparecer ante vosotros á este Israelita acusado de delitos contra la Religion, salvo el derecho Romano de confirmar ó modificar la sentencia; y nosotros nos encargamos de todo lo demás por numerosa que sea su escolta.” Fue bien recibida la proposicion, y determinaron practicarla á la mañana siguiente.

98. Enpero se deshizo esta trama por medio de un jóven, hijo de una hermana de San Pablo, que tuvo noticias exactas de la conjuracion. De todo informó á su tio, y luego al Tribuno, que al instante mandó á dos centuriones con una guardia numerosa, para que condujesen al preso no á Jerusalem sino á Cesaréa, en donde tenia su residencia el Gobernador de toda la provincia, á quien enteró al mismo tiempo de la conspiracion y acusacion proyectada contra el Apóstol.

99. Era un hombre de bajo nacimiento este Gobernador, llamado Felix, que se habia elevado por la mediacion de su hermano Palas, célebre liberto del Emperador Claudio. Esperó que arribasen sus acusadores, que le seguian á todas partes hasta conseguir su destruccion, para instruir el proceso del Apóstol. Mas aquí vieron sus enemigos variada la escena, y que no tenian esperanza de maltratarle, y mucho menos de poderle oprimir con su autoridad, no quedándoles otro recurso que el de acusarle por los términos regulares en un tribunal estraño, donde no podian ser jueces como en Jerusalem.

Posponiendo todas las consideraciones al interés de la impiedad contra el hombre que la combatía con mas entereza, no se desdeñó el gran Sacerdote Ananías de hacer personalmente el oficio de acusador ante un Magistrado Gentil⁽¹⁾. Instruyóse luego el Gobernador de la trama, y dilató su determinacion para no malquistarse claramente con los Judíos, mas ordenó que tratasen á San Pablo benigna y distinguidamente.

100. Estas buenas disposiciones de Felix habíase las inspirado su esposa Drusila, hermana del jóven Agripa, Rey de Galilea, segun se cree, y de la princesa Berenice. Cuéntase de ella que habia dejado á Asis, Rey de Emesa, su primer marido, para casarse con Felix, aunque Gentil y de baja extraccion, pero que tenia mucho crédito en la corte para hacerse un partido contra su hermana Berenice, tan céle-

(1) *Act. Apost. cap. 24.*